

Versos de Pilar Bolaños

(En el Rep. Amer.)

La presente

Excepcional y admirable es el caso de esta escritora salvadoreña, que proyecta su emoción y sus inquietudes mucho más allá de la simple entidad estética de sus poemas. Pilar Bolaños no tiene aún veinte años y rara vez, en esa edad, el artista prefiere el fondo a las formas, ni tiene la personalidad suficiente para imprimir en sus creaciones un sentido superior al de la alegría formal de la belleza lírica. Ella da fundamentalmente ese sentido a su poesía, como a su prosa, con lo cual ha superado la etapa inicial de la creación ingenua.

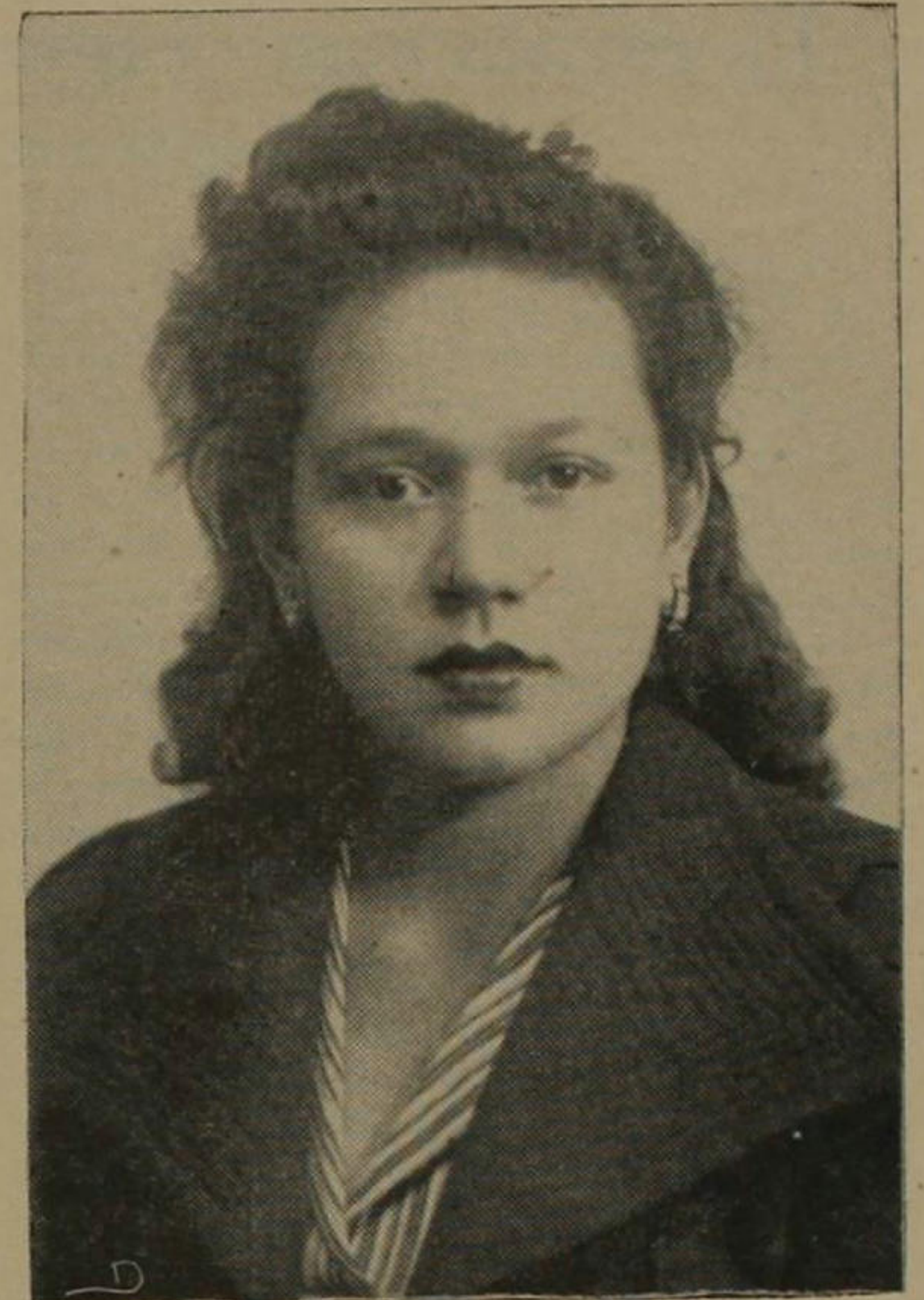
Sin embargo—y esto no es menos valioso—Pilar Bolaños no desdeña el arte como fuente de belleza en sí mismo, porque temperamentalmente es artista. Nos lo dicen la perfección sonora de su

verso, su desdén por las limitaciones de la rima, la gracia y originalidad de sus figuras y la inteligente finura del detalle que tonalizan sus poemas y les dan, al mismo tiempo, elevación arquitectónica e intimidad humana.

No podemos prever aún la ruta definitiva que ella seguirá. Un talento múltiple como el suyo es página abierta a todas las posibilidades, pero la madurez de su espíritu le ha abierto ya—en las que ella siga o el destino le imponga—horizontes de indudable excelencia en el ancho panorama del arte moderno.

ABELARDO BONILLA

San José, Costa Rica, febrero del 43.



Pilar Bolaños.

Líder

*Que el viento azote fuerte con ímpetus salvajes
porque tú estás enhiesto
sobre la roca firme de un ideal.*

*Héroe con el destino marcado entre las manos,
te veo solitario dominando la muerte
y atando en una malla
las manos descarnadas
del pueblo esclavizado.*

*Que el viento azote fuerte con ímpetus salvajes
porque tú estás enhiesto
desafiando la muerte,
con el soberbio gesto
de apresar la tormenta
que hiere tus oídos,
—caracoles humanos—
que perciben la marcha triunfante de la causa.*

*Líder de los vencidos
sobre el mar desolado
del hambre y la miseria,
has de golpear la vida
con tu verbo de fuego
y en milagro de luces
multiplicar tu sangre;
has de borrar los nombres
que hoy engañan al mundo
y batir tus anhelos
con vigor de montaña.*

*Traspasarás la historia
con tu voz de saeta,
líder de los vencidos,
que está mi pecho joven aun para seguirte
y mi sangre que hierve
para estampar tu nombre por los siglos del
[mundo.*

Muchachito

Muchachito moreno
que vienes a mi escuela
a deletrear con risas
mi joven corazón,
tengo para tus manos
un borrador de nubes
y para tus dibujos
de cielo un pizarrón.

Muchachito que vienes
trayendo la mañana
metida como un libro
dentro de tu bolsón,
cascabeles de brisa
se quiebran en tus labios
al decirme maestría
en gama de canción.

Y cuando tú me cantas
el "adiós, señorita"
que suena a mis oídos
como una bendición,
tengo para mis penas
la solfa de tus trinos
que llena de ternuras
mi novel emoción.

Ven, sumemos las risas
de tus ojos de niño,
de tu boca sencilla
que no sabe mentir,
y en el ábaco oscuro
de la noche estrellada
llegarás a contar,
a leer y a escribir.

Ah, discípulo inquieto
que tienes en mi escuela
un pupitre de ensueños
y el libro de mi amor,
para tus pillerías
mi pecho se hace templo
y para tus pucheros
caricias de fervor.

Estatua en barro fresco

Mujer de Cuscatlán, estatua en barro fresco,
manos de estrella virgen
y boca de milagros.
Que se abra el yunque nuevo
de tu vientre trigueño
y el viñal de tus venas
sobre un pueblo vencido.

Estatua en barro fresco, mujer de Cuscatlán,
ara donde se quiebra
el ahullido del hambre;
hilo donde se ensartan
cuentas de llanto y queja;
manos que prestan hueco
al silencio y al grito.
Mujer hecha lamento
por tu pueblo vencido.
Andas y en el asfalto dejas huellas celestes.
Tu pie, en que resumen
su sangre los caminos,
imprima sobre el rayo
de un pentagrama erizo,
las notas que sacudan
el sueño del vencido.

Yo te diviso, fuerte mujer de Cuscatlán,
vaciándote la sangre
sobre nuestros eriales;
inmolando tu pecho
para saciar las hambres

y quebrando tu cuerpo
para darte, por todos
los que piden justicia,
en pedestal humano,
bronceado y palpitante.

Ya presiento a tu líder, con la bandera en alto,
timoneando los vientos
y sembrando en tu vientre
—rosa de fuego vivo—
alma nueva que vibre
por tu pueblo vencido.

Mujer de Cuscatlán, estatua en barro fresco.

Mesón

Mesón, el de las puertas cerradas por el hambre:
por tu suelo empedrado se deslizan los niños
de la mano del frío
y en tus gradas se enreda la risa de la muerte,
acechando los ojos canosos de la abuela
lentos de anemia triste, como charcos lunados.
Mesón, el de los cuartos hermanos del invierno:
una tira de cielo deja ver en tu patio
trece estrellas señoras en la casa del cielo,
y aquí, entre tus paredes,
se amontonan los hombres
como estrellas malditas que escupe el firmamento.
Pareces ya cansado de rumiar la miseria,
mesón: estás soñando con festines y sedas,
estás pidiendo cielo
para ensanchar tu patio gemelo del gusano.
Tienes las paderías marcadas con la ojera
del candil proletario
y en tu suelo rojizo
hay trozos de pulmones floreciendo rosales.
Mesón, nido amasado con rencores y llantos:
sacude en tu guitarra las cuerdas del pecado
y que tu foco enfermo
no dé luz a las sombras.
Haz que se corte el agua de tu pila cuadrada
para ver si despiertan de sed tus mesoneros.

Porque estás ya cansado de las toses resacas
y de niños que mueren mordiendo los ladrillos.
Haz que suenen las cuerdas del pecado y del llanto
para ver si despiertan al fin los mesoneros.
Mesón, con las ojeras del candil proletario,
con el lomo desnudo galopando en la muerte.